



SAPIOSEXUALES ANÓNIMOS

Guimazoa Miranda Hernández

Mientras esperaba mi cerveza con absoluta dejadez, me entretenía mirando al guapo cantinero posmoderno que le servía un coctel de estética kitsch a una mujer muy atractiva que se inclinaba con desparpajo sobre la barra. Ella se contorneaba de un modo tan evidente, que aun en la distancia donde me encontraba podía adivinar su talla de sostén y fantasear con el lunar de su seno derecho. En eso estaba, cuando escuché un taconeo apresurado que me hizo perder toda concentración en lo que tenía de frente. Fue inevitable mirar hacia el origen de semejante escándalo.

-“¡Perdón, perdón...ya sé que sueno como bailarín de tap descoordinado! Es que acabo de perder la tapita de uno de mis tacos. Pero, que se joda. Peores cosas ocurren aquí. Lindo, sírveme una stout”.

-“Seguro, guapa. Lo que tú quieras. Tú eres de la casa. Te atiendo enseguida que le sirva aquí al caballero, que ya me estaba esperando”.

-“De mi parte, no hay prisa. Aquí estaré”. Eso fue lo único que acerté a decir, tras la ruidosa interrupción que me sacó del trance en que me tenía el escote que admiraba.

El cantinero me entregó el vaso alto con mi cerveza rubia, fría y espumosa, como la había pedido. Me llenó de satisfacción sentir que me colmaba la boca una cerveza fresca y deliciosa de la que podía concluirse, sin duda, que hacía muy poco la habían traído de



Mayagüez. Ya no son muchos los productos frescos en este país. Así que al menos, hay que deleitarse en la cerveza local cuando se consigue fresca.

Algo de eso debo haber comentado en voz alta porque tú me respondiste directamente como si yo hubiese estado hablando contigo. Con toda naturalidad, mencionaste que actualmente el viejo modelo cooperativo de pequeños productores unidos en colaboración, es lo único que mantiene a flote ciertas industrias puertorriqueñas. De la misma forma que ocurría en Costa Rica en la década de los noventa y, desde mucho antes, en el norte de España. Juro que hasta no escucharte decir eso, no había dedicado más de quince segundos a mirarte. En ese momento, sin embargo, fue cuando me di cuenta de que seguías siendo la misma chica resuelta, plenamente consciente de su inteligencia y de una gran capacidad para la adaptación social, que yo había conocido veinte años antes en el grupo obligatorio del congreso estudiantil al que me forzaban a ir mis maestras de estudios sociales, cuando estaba a punto de graduarme de escuela superior. Estabas más linda, eso era seguro. Tenías ya en todo su apogeo el cuerpo mestizo caribeño, menudo pero carnoso, que tan bien se adapta a la medida de cualquier parejo de baile horizontal. Te acomodabas constantemente la melena oscura que te caía como cascada sensual sobre la espalda. Y todo esto lo hacías mientras te saboreabas tu cerveza negra y sin perder la coherencia jamás, entre lo que decían tus labios húmedos y lo que me hablaban tus ojos, que eran más elocuentes aún que tu voz.

De una manera sorprendentemente espontánea, que solo puede explicar la familiaridad que ampara a las mentes que se encuentran en la misma sintonía, seguimos desarrollando el tema de la moribunda economía puertorriqueña hilvanando con asuntos de sociología y arte. Al hablar de literatura, me traicionó mi afición por los autores del boom



latinoamericano y su relación con el rock argentino de la misma época. Tú leías todo en español pero solo escuchabas música en inglés, así que aproveché la ventaja para parecer un erudito en música latinoamericana y ensayar algunas explicaciones que te parecieron fascinantes.

Al final de dos horas de discusión intensa sobre música, literatura y cine, me enseñaste más de sociología política que de novelistas hispanos. Para ese entonces, ya carecía de importancia la medida de tus caderas en relación a la de tu cintura. Ni te volví a mirar el escote. Solamente quería tenerte muy cerca de mí durante toda la noche para escucharte y hablarte, llegando a acariciarte la nuca sin que te lo sospecharas. Me imaginé -como si lo estuviera viendo todo en silencio desde una puerta entreabierta- que se me daría bien besarte en la boca y dejarte sin aliento; solo para saber de qué estaría hecha la metáfora que seguramente construirías para explicar ese momento. Así de provocativo es tu cerebro. Me atreví y te besé, en la calle a pocos pies de distancia de tu carro. Me respondiste sin inhibiciones y te abracé, como si te hubiese estado esperando. Mi cuerpo entero acaparó al tuyo con una mezcla de ternura y lujuria, cuya fórmula exacta no he logrado repetir jamás en igual proporción de ingredientes.

Tres meses después de ese beso convulso y transcurridas muchas conversaciones más, ya no sabemos cómo se vive sin seguir adentrándonos en esto: la alegría de navegar por los mares de tus ideas y de las mías, la emoción de desafiar las limitaciones de tus preceptos contrastándolos con los míos y seguir rodando la frontera de lo que esta pasión nos invita a hacer, en cada intervalo silencioso entre paradigmas y dogmas. Escribimos desde el intelecto cada encuentro, usando todo el cuerpo, como un microcuento improvisado en el que se vive



la vida a dentelladas. Siempre disfrutando aún con la primera palabra, que somos más -en lo profundo y en lo solemne- de lo que cada cual parece a la luz tenue de una barra de cervezas y cocteles.